

COLECCIÓN
◆ DE POESÍA ◆
HUGO GUTIÉRREZ VEGA

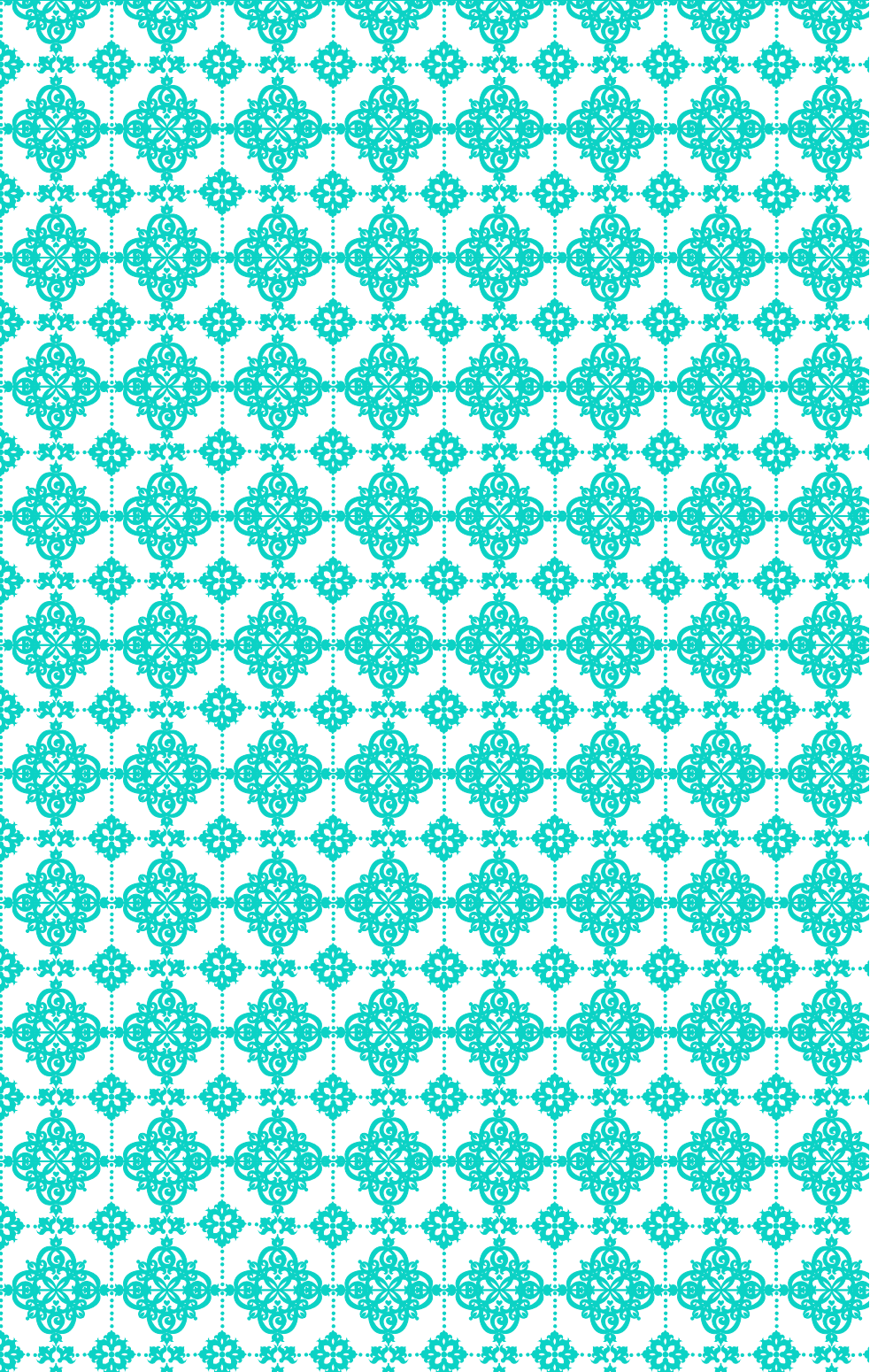
Francisco González León

Poesía selecta

Selección y prólogo de Jorge Orendáin



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura



Francisco
González
León

Poesía selecta

COLECCIÓN
◆ DE POESÍA ◆
HUGO GUTIÉRREZ VEGA



Francisco González León

Poesía selecta

Selección y prólogo de Jorge Orendáin



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura



Miguel Ángel Navarro Navarro
Rectoría General

Carmen Enedina Rodríguez Armenta
Vicerrectoría Ejecutiva

José Alfredo Peña Ramos
Secretaría General

Sonia Reynaga Obregón
Coordinación General Académica

Patricia Rosas Chávez
Dirección de Letras para Volar

Sayri Karp Mitastein
Dirección de la Editorial Universitaria



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura

Primera edición electrónica, 2018

Comité Editorial
Hugo Gutiérrez Vega †
Lucinda de Gutiérrez Vega †
Marco Antonio Campos
Jorge Souza Jauffred

Autor
Francisco González León

Selección y prólogo
Jorge Antonio Orendáin Caldera

D.R. © 2018, Universidad de Guadalajara



EDITORIAL
AL UN
IVERS
ITARIA

Editorial Universitaria
José Bonifacio Andrada 2679
Colonia Lomas de Guevara
44657, Guadalajara, Jalisco
www.editorial.udg.mx

Abril de 2018



Este trabajo está autorizado bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercialSinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND) lo que significa que el texto puede ser compartido y redistribuido, siempre que el crédito sea otorgado al autor, pero no puede ser mezclado, transformado, construir sobre él ni utilizado con propósitos comerciales. Para más detalles consúltese <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

Hecho en México
Made in Mexico

Estimado universitario:

La lectura es una actividad esencial para la transformación de los seres humanos; constituye la base del aprendizaje, la comunicación, la imaginación y la inteligencia, determinantes para el desarrollo intelectual y emocional.

Leer nos permite conocer nuestro mundo, enriquecer nuestro espíritu y recrear nuestras experiencias. Leer nos constituye como individuos libres, capaces de ejercer nuestros derechos y cumplir con nuestras obligaciones. Leer nos ayuda a resolver problemas. Leer es pensar.

Leer es descubrir otros mundos, universos desconocidos que abren nuevas puertas; leer es conocer las experiencias, las emociones y los pensamientos de otras personas. Leer es un privilegio.

Prácticamente todos los niveles escolares y todas las ocupaciones laborales requieren de habilidades lectoras. Ser un lector funcional demanda comprender los documentos y las leyes que regulan nuestro comportamiento en sociedad. La lectura propicia la formación de ciudadanos informados, críticos e independientes y los convierte en agentes de cambio.

El Programa Universitario de Fomento a la Lectura Letras para Volar de la Universidad de Guadalajara

tiene el propósito de poner a disposición de niños y jóvenes de distintos niveles educativos, dentro y fuera de las instalaciones universitarias, obras que motiven su entusiasmo por la lectura y promuevan el desarrollo de su competencia lectora.

Letras para Volar es el resultado del trabajo y la generosidad de un gran equipo de académicos, autores e ilustradores. Va para ellos nuestro agradecimiento por esta contribución.

Miguel Ángel Navarro Navarro
Rector General

Índice

9	Francisco González León, el acuarelista de la lengua
25	Lloviznando
26	Horas diurnas
28	Confabulación
30	Januarius
32	El reloj de cuco
34	Dialecto
36	A cero grados
38	Despertares
40	Bajo el viento
42	Palabras sin sentido
43	La última paloma
45	La vieja sala
47	Escrúpulo
48	Melancolía
49	Esta noche tiene $\frac{3}{4}$ de luna y $\frac{1}{4}$ de nubes

51	Canto teresiano
53	Impulso
54	No estaré
55	Lontananzas
57	Agua de luna
59	Pecado
61	El alma es una beata...
63	La gotera
65	Íntegro
67	Quimera
69	Mañana errabunda
71	Antiguallas
73	Inicial
75	Los cuartos de hora
77	Panoramas
79	Perfumes de Haba Tonka
81	Procesional
83	Romanticismos
85	El pozo

Francisco González León, el acuarelista de la lengua

JORGE ORENDÁIN

*Con Ernesto Flores y Hugo Gutiérrez Vega,
mínimo homenaje*

*... ¿No es acaso una concreta
lágrima, la poesía?*
(Francisco González León)

De la vida personal de Francisco González León (1862-1945) se sabe poco. Quienes lo conocieron hablan de que llevó una vida sosegada, sin sobresaltos y con una riqueza en su vida interior y una tranquilidad exterior. Fue un poeta que no buscó la publicidad ni el efímero prestigio, y odiaba la pedantería de ciertos escritores de su época.

El novelista Mariano Azuela decía que “era un preguntón impertinente”, que era un ser “risueño, afable siempre, con gracejo natural y chispazos de ingenio; tras el mostrador ocioso de su botica con un pliegue de ironía en los labios, prodigaba certeros golpes, como saetas envenenadas”. El mismo Azuela escribió que “su temperamento exquisito y su gusto refinado lo mantuvieron siempre a distancia de la bohemia sucia, desarrapada y viciosa”.

Rogelio López Espinoza escribe que González León, en su melancolía vespéral, “parecería como si viviera aún en las décadas iniciales del siglo xx para él no revisitase la menor importancia”, porque este poeta “vivía en un mundo de nostalgias y sueños creados por él, en el cual habitaba sin importarle las cotidianas preocupaciones suscitadas en la provincia y cenobita ciudad donde nació, y donde vivió prácticamente toda su existencia”.

Ahondando en lo anterior, Mariano Azuela señala que González León “fue pobre siempre, sin el menor descontento o inconformidad de su pobreza [...]”. Agrega que vivía enclaustrado totalmente en su vida interior porque nunca le interesaron los movimientos políticos sociales; “la Revolución pasó a su lado como algo accidental, pasajero e inoportuno, a lo que habría que resignarse y nada más”. Esto lo reafirma Wolfgang Vogt, al enfatizar que “a los modernistas la poesía les sirve para crear un reino estético alejado de las preocupaciones causadas por los disturbios de la Revolución”.

Sin embargo, el poeta laguense, un tanto para negar lo dicho arriba, escribe:

Se me ha falseado mi temperamento, mi carácter, mi modo de ser. Amo la vida plena, integral, con sus placeres y sus goces. Tuvo mi juventud sus horas y sus días luminosos. Pero al poco tiempo de terminar mis estudios de farmacia en Guadalajara, cuando apenas había regresado a Lagos, murió mi padre y tuve que hacer frente a compromisos y

obligaciones de familia. Me resigné entonces a la penumbra, a esta sordina, a las costumbres inalterables de mi pueblo. Y aunque mi espíritu se rebela con frecuencia, en ansias de otros panoramas, juzgo que ya es demasiado tarde para emprender la lucha en otro medio más propicio a mis gustos y a mis aspiraciones.

Por último, Azuela dice: “Quienes hayan leído sus poemas de tanta sencillez y frescura, de tan franciscana generosidad, lo que menos se imaginan es que detrás de este poeta hondamente sentimental se ocultaba un psicólogo de rara penetración, gran buceador de almas, disector inalterable y frío y un satírico tremendo”.

De su formación, se tienen noticias de que González León cursó matemáticas y física en el Seminario Conciliar de Guadalajara, y que también estudió latinidad, lógica, metafísica y moral en el Liceo del Padre Guerra, donde luego enseñó lengua castellana, lectura superior, gramática, literatura, recitación y declamación, latín y raíces griegas. En 1880 se inscribió en el Instituto de Ciencias del Estado de Jalisco para el curso de Farmacia.

Gracias a la obtención de los Juegos Florales de Lagos de Moreno (Mariano Azuela fue de los organizadores), González León se dio a conocer con su poema “Pleito homenaje”, el cual es un canto a las damas de alta alcuña medieval. Sin embargo, fue tanta su sencillez que se fue a la ciudad de León para esconderse. Alguien más recogió su premio.

Su poesía

No es fácil explicar con detenimiento todas las características sobresalientes de la obra de Francisco González León. En un primer acercamiento, se advierte que su obra es eminentemente nostálgica y de una aparente sencillez. José Joaquín Blanco expresa que sus poemas “sugieren un espacio sencillo, melancólico, sin ambiciones ni sueños de grandeza. González León retomó sus recuerdos y con voz de quien está perdiendo el mundo en que vivió: no canta a un paraíso perdido, porque aún no lo pierde... simplemente cuenta que, con él, su mundo se está acabando.”

En el mismo tenor, el poeta zacatecano Ramón López Velarde dice:

Su obra es moderna por el alma. Hondo y atingente, González León, en mi sentir, no es inferior en temperamento a Amado Nervo. [...] Es simple por certero, laberíntico por hondo. [...] Su originalidad es la verdadera originalidad poética, la de las sensaciones.

Allen Phillips señala que el laguense “busca el camino de lo callado y lo sugerido”, y reconoce que “sabe arrancar de las cosas más sencillas que llenan su mundo poético un inesperado temblor lírico”.

Los poemas de González León, a quien más de alguno llamó el “acuarelista de la lengua”, contienen un

rico lenguaje, una serenidad no fácil de imitar y un uso de recursos poéticos que, aunque no amplio, me parecen destacados.

Ernesto Flores comentó que la obra de González León es una poesía de imágenes, apoyada por sinestesias, prosopopeyas, símbolos, encantamientos, ausencias y un ilusionismo literario. Además, se encuentran matices de color, sutilezas musicales, gradaciones olfativas y visuales y todo tipo de búsqueda tímbrica.

Ya los críticos y las relecturas se han encargado de decirnos que los dos primeros libros de González León no fueron muy bien recibidos. Allen Phillips dice que *Megalomanías* incorpora casi todos los caracteres de la más frívola y vacía etapa del modernismo finisecular, y que *Maquetas* es una obra mucho más lograda y equilibrada. Sin embargo, es evidente decir que estos dos libros fueron de transición, por fortuna.

Donde la mayoría coincide es en señalar que *Campanas de la tarde* es el mejor libro. José Joaquín Blanco enfatiza que lo es porque

distribuye tenuemente atmósferas entrañables, diluidas por pudor, y expresadas en un lenguaje coloquial y cotidiano, de quien está a gusto con la manera en que habla diariamente y no tiene que impostar la voz al modo ‘culto’: amores escolares, aromas de lápices acabados de tajar, libros con estampas leídos en la infancia que todavía perduran en la mente anciana, siestas

en que la familia duerme arrullada por el canto de los canarios, terror de cuentos de niños.

Más adelante, aludiendo en contra de ciertos poetas modernistas, reconoce que “esta poesía de ropero y alacena es francamente un descanso entre tantas luces febeas, cuerpos alabastrinos, pupilas de ámbar, pestañas de heleno, que privaban en el ambiente poético predominante de su época. No escribió grandes poemas, sí un temperamento doméstico”.

Si bien Allen Phillips escribe que la poesía de González León, por lo general, no es muy rica en metáforas sorprendentes y enérgicas (asunto debatible, por supuesto), vale decir que de repente rompe estructuras en las estrofas, incorpora a sus versos abundantes alusiones a personajes reales y a hechos verdaderos, combina libremente la medida de sus versos y es muy preciso en su lenguaje. Además, nos advierte el mismo Phillips, su obra tiene pocos mexicanismos.

Los temas

El ya citado Allen Phillips nos adelanta que “un examen de los temas de González León revela en seguida que son limitados y poco variados”. Sin embargo, la temática de González León se enriquece por los recursos estilísticos utilizados y por su profunda transparencia.

El maestro Ernesto Flores explica que “son evidentes en él un gusto por lo anacrónico, lo antiguo, lo derruido, lo pasado de moda, lo pobre, lo polvoso, lo nostálgico, lo solitario y lo silencioso”. Abundando en esto, Mariano Azuela escribió que a este poeta le “emociona el celaje fugitivo, las gotas de la lluvia en los hilos del telégrafo, el vuelo anguloso de una golondrina, el olor fragante de las rosas y la gracia fugaz de la linda damita que pasa apresuradamente a misa”.

Un aspecto que llama la atención de sus libros son los temas donde todo parece imposible, pero al mismo tiempo es una imposibilidad que disfruta González León. El poema “Cristiana”, de *Campanas de la tarde*, es un buen ejemplo, además de que reúne algunos temas recurrentes de su obra (el amor, lo religioso, la iglesia, el pecado):

Son mis negras aflicciones cien pecados, ¡oh Cristiana!
Tú estás hecha con la exangüe carne blanca
De los lirios moribundos.
Tú eres rosa que cultiva Jesucristo el hortelano.
¡Quién me diera el asomarme a tus ojos tan profundos!
¡Quién me diera en comuniones esas hostias de tu mano!

Otro asunto, citado antes, es la añoranza por las casas antiguas, algunas que conoció de niño cuando acompañaba a su padre, y en la que habitó. Aquí dos versos del poema “Antiguallas”, del libro *Campanas de la tarde*:

Casas de mi lugar que tienden a desaparecer;
raras casas que aún suelo yo encontrar.

Sobre este tema, un poema sobresaliente es el titulado “La vieja sala”, del libro *Voces de órgano*:

Todo un silencio que trasciende a sombra,
una sombra aromada de silencio.

Quizá sea mejor el siguiente verso:

la sala es un silencio patinado de olvido

Como se señaló arriba, las cosas, en especial las antiguas, llamaban mucho la atención a este poeta. Sin embargo, realmente, al decir de Hugo Gutiérrez Vega, lo que buscaba no eran las cosas en sí mismas, sino el aura que las rodea.

El poema “Mañana errabunda”, del libro *Voces de órganos*, es un buen ejemplo:

Mis devociones por las cosas viejas:
las retorcidas rejas,
los cerrados balcones,
las certeras visiones que me agencio:
La ciudad toda entera,
como una compotera
colmada de conserva de silencio.

En otro poema, “Lo que dicen las cosas”, escribe: “Esas cosas de lo diario/ que son diario de las cosas.”

Si bien referirse a las cosas es central en la obra de Francisco González León, también aparecen diversos personajes de Lagos: monjas, criadas, parientes y ciertos pueblerinos. Pero también, aunque muy poco, personajes de la literatura clásica para niños como Blanca Nieves y Caperucita Roja.

Al ser González León un poeta que se nutre de los recuerdos, la infancia es uno de sus caminos más buscados. Un breve ejemplo lo tenemos en el poema “El pozo”:

Depósito junto al pozo
que cuando estaba lleno, formaba mi alborozo,
pues le fingía a mi miopía infantil,
lo proceloso
de un mar.

Desde luego, como una gran cantidad de poetas, González León no desea que se termine la infancia, y cita unos versos en el poema “Ceniza”, en *Voces de órganos*:

Yo soy anhelo que va llorando;
yo soy complejo;
yo soy un niño dentro de un viejo.

Ya el citado investigador Rogelio López Espinoza nos anuncia que en este poeta “también están presen-

tes en su reminiscencia las novias de la adolescencia, o esos utópicos amores de lo que pudo haber sido y no fue”. Del poema “Imprecisión”, tomado del libro *Voces de órganos*, va un fragmento representativo:

Yo adoro en el silencio
de aquella tan callada
princesa que ha cruzado
mis parques y mis sendas;
que mucho más que un beso
prefiero una mirada,
y más que las historias
me agradan las leyendas.

Aquí llama la atención cuando dice que prefiere más una mirada que un beso. Sin embargo, en “Canto teresiano” del mismo libro, ofrece dos líneas diferentes:

y tus labios, los dos versos
de algún salmo de corales.

Allen Phillips escribió: “lo más característico en los versos de González León es que se represente el amor como una larga e incurable dolencia. Se trata de una mera ilusión de amor o anhelo imposible de realizarse”. Agrega que, a juzgar por sus versos, “más le interesaba la mujer espiritualizada y purificada por la distancia, símbolo del dolor y la tristeza, que la de carne y hueso”.

Ernesto Flores dice: “se encendió ante amores imposibles”. Sobre este asunto, no se sabe qué tanto su interés por el Nirvana, como lo comenta Mariano Azuela, tenga que ver con lo relacionado a la calma y a la extinción de los deseos. Por lo pronto, a manera quizá un poco irónica, se puede clasificar a González León como un poeta “monjero”, “monjeril” o “monjeriego”.

No está de más señalar que González León en varios de sus poemas suele ser irónico. Por ejemplo, en “Asueto”, *De mi libro de horas* dice:

Estoy como en asueto de mí mismo. Hoy divago.
Al ocaso va mi paso
tras la noche, donde apago
la amplitud del pesimismo
de la noche de mí mismo.

Lagos de Moreno

Al revisar la obra de González León es evidente que Lagos de Moreno es su espacio poético. Entre los lugares más mencionados, encontramos la iglesia, el convento de las clarisas o capuchinas, su casa, la plaza, las haciendas, su botica, etcétera.

Todo es quietud porque ahí todo sucede “puertas adentro”. Veamos un ejemplo en “Íntegro”, de *Campañas de la tarde*:

Tardes de beatitud
en que hasta el libro se olvida
porque el alma está diluida
en un vaso de quietud
Tardes en que están dormidos
todos los ruidos.

Otro caso en “Prólogo semanal”, de *Campanas de la tarde*:

Yo amo la quietud laica
y el monótono deslizar
de la semana entera:
que el domingo opulento,
lo miro cual si fuera
un sufrimiento.

Recursos estilísticos

Ya se comentó que González León no manejó una amplia gama de temas; lo mismo podemos decir de los recursos estilísticos que utilizó en su obra. De lo más sobresaliente está el uso certero del adjetivo, las aliteraciones, las onomatopeyas, las paradojas, los neologismos, anáforas y juegos de palabras.

Aquí sólo algunos versos de muestra:

De paradojas:

“Habla la casa porque está callada”

(“Palabras sin sentido”, *De mi libro de horas*)

De aliteración:

1) chillan, y chirrían con chirrido.

2) Hablan a solas las casas solas. (“Los murciélagos”,
Campanas de la tarde).

De onomatopeyas:

La noche es una lámina astronómica

de mármol, donde van

rebotando los cuartos de las horas:

tin... tan ...

tin... tan ...

(“Los cuartos de hora”, *Campanas de la tarde*)

Con cierta timidez, a veces juega con las palabras:

Lluvia del aguacero,

lluvia de agujas de acero

(“Soldaditos de cristal”, *Voces de órgano*)

Los sentidos

Otras características que distinguen la obra de González León es la constante de que aparecen los sentidos en sus imágenes. En especial, podemos decir que es un poeta auditivo por excelencia, pues acoge en sus versos toda clase de percepciones sonoras. Cabe recordar que González León perteneció a una estudiantina, por lo que estuvo en contacto con diversos instrumentos musicales.

También abunda su obra en imágenes olfativas. Son insistentes los olores a convento e incienso y a tierra húmeda. Aquí un ejemplo tomado del poema “Este barrio”:

aspiro un olor a incienso;
veo en el cielo un azul escapulario,
y hasta las golondrinas
me parecen esquilas vespertinas
que unánimes repican el rosario...

Ramón López Velarde

Ya parece un lugar común hablar de la influencia inicial que tuvo Francisco González León con Ramón López Velarde. Además, erróneamente se les iguala al decir que ambos son poetas de provincia: López Velarde no es

“poeta de provincia” en sentido estricto, porque su obra no sólo habla de Jerez o de la misma Zacatecas. Es verdad, parte de ahí, pero va más allá en sus búsquedas literarias. En cambio, González León sí lo podemos calificar como un poeta de provincia. Esto no hace del poeta de Lagos un autor menor, simplemente vivió distintas circunstancias.

Sí, desde luego, hay ciertas coincidencias, pero al mismo tiempo grandes diferencias. Por ejemplo, ambos le cantaron a la patria, pero el jerezano al país y a su pueblo, y el laguense a su terruño únicamente. Ciertamente, en ellos hay ciertas coincidencias, como por ejemplo en los poemas “El pozo” de Francisco González León y “El viejo pozo” de López Velarde. Además, vale decir que el poema “El adiós” de López Velarde está dedicado a González León. No está de más recomendar este poema que habla de Fuensanta, esa mujer que es símbolo de la poesía del zacatecano, y por qué no decirlo, de la poesía mexicana. Ambos poetas fueron maestros de primera línea en el uso preciso del adjetivo y del lenguaje y estructuras poéticas.

Francisco González León es fundamental para nuestra literatura mexicana. No está demás presumir que Samuel Becket lo eligió para su *Antología de poemas mexicanos*, editado por Octavio Paz. Entonces, ahora nos toca seguir los pasos de este poeta simbolista tardío y modernista ejemplar a través de su obra, que si bien es breve y silenciosa, está cargada de una intensidad

que sólo es posible descubrir cuando nuestro espíritu está lleno de quietud.

Hugo Gutiérrez Vega dijo en el Paraninfo Enrique Díaz de León de la Universidad de Guadalajara que “González León es un poeta tan fino que sólo pertenece a las minorías”. Espero que esa minoría ahora sea la mayoría, aunque esa mayoría sigan siendo unos cuantos.

Lloviznando

La llovizna en mi ventana
reza tras de las vitrinas
la “Letanía Lauretana”.
La llovizna es franciscana
de las monjas capuchinas.

La seráfica, que en esa
melancólica tristeza
de esta tarde anonadada,
me imprecisa a una abadesa
de conciencia conturbada.

Monotonías de breviario;
cláusulas a la sordina;
rumor de confesionario;
y en la lluvia cristalina,
los desgranados de un rosario.

Es la pálida abadesa,
en su queja de fontana;
en su obsesora tristeza.
La llovizna en mi ventana,
reza y llora; llora y reza.

Horas diurnas

Es el libro de las horas
en el que yo rezo
y en el que mi espíritu
sus secuencias reza.

Si en el primer verso
se descifra “nunca”
el último dice muy claro:
“tristeza”.

¿De qué biblioteca
por acaso vino;
quién le dio aquel libro
a la vida mía?

¡Tanto he repasado
sus miniadas hojas,
que sé de memoria
cada antifonía!

Cantan los “maitines”,
rezan las “completas”,
las vulgaridades
forman mi instrumento;

y esparzo en el aire
vigilias y quejas,
e íntegras retornan:
¡no las quiere el viento!

Perdido en su ruta
quizás un ensueño
torciendo de rumbo
se llegó a mi predio;
pero al acercarse
trunca su belleza,
y viene aquel otro que dice
“tristeza”.

Si todo es quimera, si todo es mentira,
si en mi libro de horas sólo hay oraciones
para los responsos de las decepciones,
yo pido, a quien quiera
que me diera el libro,
lo cierre con broche
de resignaciones.

Confabulación

Fue la confabulación de la noche y del día:
la noche, con sus sueños
isómeros de ensueños
con aquella vaguedad de un anhelar
al despertar;
con aquella casa
que cultivó una rosa
floreceda en olor de santidad.

Y el día:
el día, con su prelación matutina;
con su cortina de tafetán
bien restirado y transparente;
con la sugerente soledad de la calle;
con sus silencios y sus neblinas;
con lo ralo de su luz,
y el detalle de la cruz de la capilla
cuajada de golondrinas.

Mañanera dualidad en que convergen
vértices de suavidad.
Mariposa que ronda
el perfume de la rosa,
y que en ella no se posa,

fórmulas de vaguedad;
síntesis del corazón
fábula callada y una:
fábula,
secuencia de una
confabulación.

Januarius

Noches heladas, luna de enero
hecha de marfil, de nieve y de acero.

Las calles están solas,
las salas están llenas;
brillan lámparas tras los cristales;
en algún piano una mazurca empieza...

La luna es una
lámpara japonesa.

Cuentan cuentos de diciembre
las ardientes chimeneas;
tienen halos azulinos
las lejanas azoteas;
al amor de la lumbrada
que amodorra a la cocina,
el ama reza el rosario.

Trina un canario
suspense en el corredor...

Es una
burbuja de alcanfor,
la luna.

En la torre de la iglesia
tiene reumas el horario;
son sus tardas manecillas
un retardo proletario;
en el pórtico de piedra
que a los ábregos conoce,
se arrebuja en sus capas de cantera
doctoresas y prelados
esperando que la esfera
dé las XII.

Y ante el pórtico estatuario
que es la página de un viejo calendario
donde duermen en piedra los orígenes
de aquella fe que a una piedad se aduna,
me divago pensando...

Es alguna
de las once mil vírgenes,
la luna.

El reloj de cuco

Vuelto de la cruzada de la vida
al ancestre lugar,
me llevo de tornada cual de ida,
fantasioso y vulgar.

Debiera contenerme la experiencia;
ya llevo en cada herida una dolencia:
ya sé que son efímeras las rosas:
ya miro que hay muchas brozas
de canas en mi mostacho,
y sin embargo, aún en muchas cosas
yo sigo siendo un muchacho.

Aquel reloj de cuco
que hay en el comedor
(regalo para mi tía del Padre Comendador)
el que engreía
mi fantasía de diez años
con extraños sueños de ciudad,
aún me obsede mansamente
en esta tarde bajo la suavidad.
¿Qué será?
Tradiciones de mi casa,
honda quietud.
¿Qué será?

Brujería de la hora ...
voz del reloj familiar...
hora obsesora ...
hora crepuscular...

Se escucha un ruido;
el pajarillo sale a cantar;
se abre el postigo,
y él es testigo
de mi soñar:
él es testigo
de que yo sigo
tal cual entonces,
tonto y vulgar.

Dialecto

¿Por qué recuerdo ahora aquel librero,
de eclesiástico aspecto,
que alto y angosto,
pintado de negro,
me hablaba en dialecto?

Pasado de moda —no tenía vidrieras—
con sus tablazones se me hacía simpático;
tenía dos perillas sobre las esquinas,
y en el centro un ático.
Aquellas perillas que fueron perchero
de unos polvorines y un ancho sombrero.

La luz se apagaba cuando a él llegaba;
y por alto y negro me venía la gana,
de que aquel librero
portaba sotana.

¿Quizás un jesuita de Casa Profesa?
No sé quién lo trajo.
Yo desde muy niño lo miré en mi pieza;
y no sé por qué, pero era seguro
que allá por las noches lo hacía más oscuro
la luz del quinqué.

Él me hablaba en prosa y decía de prosas
en ese dialecto que tienen las cosas.

Él me dijo entonces los nuevos acentos
de revelaciones, en libros de cuentos;
luego las historias,
luego las novelas,
y me quedé allí,
pues los libros serios no los entendí.

Ah de aquel estante que fue tan discreto.
Ah de aquel librero:
mi libro primero,
mi libro segundo,
mi libro tercero.

Ah de aquel librero que fue tan discreto,
y al que mis memorias no echan en olvido.

¡Qué veces, violando
sentencias de un veto,
me guardó el secreto
de un libro prohibido!

A cero grados

En diciembre y en enero
el mercurio baja a cero;
y se sabe que hubo heladas
en las horas tempraneras,
porque el aire cuajó sobre los vidrios
poniéndoles visillo a las vidrieras:
en diciembre y en enero
el termómetro anda en cero.
Catálogos del invierno:
En el río,
los tejos isotérmicos del hielo
y los cantos agudos del tildío.
En la huerta,
embustera y reseca la higuera
madura en secreto
compota de higos;
y en compensación,
los libros, el sol y el fogón
son nuestros amigos.
Como en tono mate
el violeta concreto de los cielos
se concreta en violetas del arriate:
y en los atardeceres de las tardes huecas
manos invisibles

prenden en fogatas
a las hojas secas.
Las estrellas son pecas
de plata.

Logarítmicos fanales
de las siderales vías;
joyeles en terciopelos;
metales y pedrerías.

En las noches más diáfanas y frías
los trémulos luceros brillan más,
como ojos con lágrimas.

Despertares

Despertares de mañanas provincianas
con sus llamadas a misa;
porque las campanas van
lentas o violentas,
según la prisa
del sacristán.

Madrugadas en que están
con el sol, únicamente,
la torre parroquial y el campanario;
pero al medio día,
las calles, los suburbios y la vía
se alfombran con un oro coronario.
Compaginadas a la huérfana ventana
a la que el alma no se asomará;
porque aquello ya no vino,
porque aquello se ha devuelto del camino
y aquello ya no vendrá;
compaginadas van
las silenciosas siestas
en que el viento no corre.
Tan calladas que se oye hasta el arrullo
de las palomas, allá en la torre.
Casamenteras visiones
de casonas solteronas:

las jaleas, los guayabates
que saben a miel de abejas:
almíbares suaves.
que el arcón guarda bajo siete llaves.
Lo hogareño lindante con lo triste:
las historias calladas,
las ventanas cerradas,
el patio donde lo húmedo persiste,
los corredores amplios y achatados,
gatos refectoleros y mimados,
y canarios más rubios que el alpiste.

Bajo el viento

Bajo el viento,
un álamo dice una canción
sobre mi cabeza.
Siento
que pasa un moscardón que reza
su monótono breviario
de capuchino en el coro;
y en doméstica fraternidad,
me incorporo
del crepúsculo a la ductilidad.

Bien está esa dilución.

Bien está lo que yo añoro.

Bien está que ese desdoro
crepuscular,
se suelde con la oxidación
de mi corazón.

Bien está que ya cese ese rumor...

La oportuna inocuidad...
... Lo lejano de la luna.

Lo que yo siento...
Lo imposible de esa luna
–luna de cuento–.
Luna que me hace pensar
en un furtivo lunar,
en un furtivo temor.

El viento que había callado,
vuelve a cantar.

Palabras sin sentido

Aunque la mañana está soleada,
tiene algo de una celda abandonada.

Habla la casa porque está callada;
y en un encogimiento del espíritu,
se me forma algo intrínseco...
...por nada.

Palabras sin sentido;
ecos de quién sabe qué ruido
se repiten las cámaras desiertas
de la desierta casa en el olvido.

Hay un rumor como el del agua de un
surtidor.

Quizá el viento que se aleja,
y que al alejarse deja
la cúspide de una queja.

Voces sin voz que entiende el corazón;
rumores que así van de pieza en pieza;
palabras sin sentido;
ecos de quién sabe qué ruido,
que ponen diafanías a la tristeza.

La última paloma

Clínica de palomas mensajeras
es hoy mi palomar:
esperanzas que llegan en muletas
a un hospital...

Huele el patio recóndito a violetas
como en tregua sedante y vespéral,
y de la fuente entre afelpadas grietas
escúrrese un poema de cristal.

El criterio detiénese convulso;
pero lo urge de un ímpetu el impulso;
y ante esa dualidad,
mi póstera paloma mensajera
sale del palomar.

El “Angelus” reza las preces del día.

... ..

Novicia que cruzas
el claustro de ensueños
de mi fantasía,
rézame, te ruego,
un “Ave María”...

La sombra es artera;
ya la noche asoma.

Pídele a la Virgen
que no se me muera
mi última paloma.

La vieja sala

Todo un silencio que trasciende a sombra,
o una sombra aromada de silencio.

En la alfombra mis pasos se han callado;
La vejez del estrado, en su mueblaje aún muestra
con lujo anticuado,
el oro, rosa y nácar de que se halla incrustado.

Todo indica abandono; todo indica descuido;
quién sabe desde cuando no la habrán sacudido:
la sala es un silencio patinado de olvido.

Las antiguas consolas tienen velos de polvo;
se ha rendido un impulso; dormita una vejez;
un reloj (bronce y laca) denuncia que su pulso
como una arteria enferma detúvose a las diez.

Y una filosofía
tristona en su pregunta,
inquieta a la holganza retórica del día
que entreabre una ventana:
Las diez ... ¿desde qué noche?
Las diez ... ¿de qué mañana?

Se infiltra un religioso escrúpulo que orilla
a meditar.

La sala
tiene algo de capilla.

Estoy como cohibido de haber interrumpido
algún divino oficio, o de haber sorprendido
un ritual subrepticio.

Formulo un inventario con circular mirada,
y aspiro los perfumes de una cosa encerrada.

Afuera, junio teje la tarde de un nublado;
gotea una tristeza las gotas de su pomo;
me embarga un sortilegio;
y yo presencio,
cómo
se estrechan en silencio
las cosas y mi alma,
formando una amalgama
de pátina y de plomo.

Escrúpulo

Madre Superiora
de las Hermanas de la Caridad
yo no sé...
—y ése es mi escrúpulo—.
Devoto yo me sentía;
pero el crepúsculo
se sonreía
maliciosamente.
Yo besé reverente
vuestra mano
cuando me despedí;
pero el alma de la tarde
con su malicia me dice
que aunque mi cabello es cano,
subrepticia
mente
aún
arde
mi juventud,
y,
que aquel beso que yo puse en vuestra mano
—eucarística y salubre—,
como un breve antifonario de marfil,
no fue ósculo de octubre,
sino un beso de mi abril.

Melancolía

Melancolía que nos queda
después de haber leído
algún poema.

En luz verde
desvaneciósse lívido el crepúsculo;
y en la ambigua y transparente
porcelana de los cielos,
su negro perfil recorta
la cúpula de una iglesia.

Dentro al aposento,
vaga un episodio
de sombras y silencio.

Duplica un viejo espejo
las mermas del poniente.

Cantó el reloj de pesas
su arrullo siete veces.

Hay algo parpadeante;
y hay algo que envejece;
y yo quedo abstraído
dentro del instante inerte,
esperando a que la tarde
acabe de deshacerse.

Esta noche tiene $\frac{3}{4}$ de luna y $\frac{1}{4}$ de nubes

En la intermitencia del lunar momento
me siento más lejos
y mucho más solo
dentro del silencio de este caserón
que mira a la noche
desde su balcón.

Como en lista de inventario,
cotejo el paisaje que me es familiar:
la calle,
la plaza,
y allá, el campanario gris de los “Paúles”.
Los árboles son manchas negras;
bajo las cornisas y por los rincones
hablan en secreto perezas azules.

He pasado lista
de fechas y cosas,
y en ese repaso
todo me contrista.

Ha corrido el tiempo:
tal vez unas horas.

Pensando en ausencias
el tiempo se pasa.
Más, si nos ampara
con sus atigencias
nuestra vieja casa.

Canto teresiano

Tus virtudes son violetas
que de tu alma en la clausura
son cual monjas recoletas;
la Abadesa es tu hermosura.

Tu hermosura que es la gloria
de tus virtudes tan santas;
es tu frente Sor Victoria
y Sor Nieves son tus plantas.

Y eres vara florecida de algún nardo;
ven y asoma
tus piedades en mi vida;
son tus ojos de paloma.

Son tus manos cuencas tersas
de marfiles ideales,
y tus labios, los dos versos
de algún salmo de corales.

En tus ojos hay el mismo
resplandor con que ilumina
su perfil, el misticismo
de Teresa la divina.

Tienes sus mismas locuras,
su palidez de incensario;
son tus pupilas oscuras
dos cuentas de su rosario.

Y de la monja española
duplicas alma y belleza,
y por única eres sola
cual lo fue Santa Teresa.

Impulso

Era tan triste como yo:
se me parecía.

Tejía la noche aquella noche
perímetros de sombra
en límites de luna.

¿Qué cómo era Ella?
Como ninguna.
Como ninguna, no:
ella era triste como yo.

Lenta y friolenta se me acurrucó en el pecho;
mi capa la abrigó.
Sentí el frío de su frío,
y sentí la aceleración
de su corazón
sobre el mío:
y al mirarnos en los ojos
y al decirnos a la par
en un preguntar convulso;
¿por qué nos queremos tanto?
Sin poderlo remediar,
bajo un idéntico impulso
nos pusimos a llorar.

No estaré

Lo que pudo ser, y no ha sido;
lo que pudo ser, y se ha ido
para no volver.

Destino que se frustra en un evento;
lento transcurrir del tiempo;
polvo que se lleva el viento.

Y pensar;
y pensar en que todo estará igual:
 las unánimas piedras de la calle
lavadas por el sol o por la luna;
 los árboles inmutables;
la misma iglesia frontera;
la vida que soñé para mi vida;
la casa que miré sólo por fuera.

Nunca habré de olvidar aquel ambiente
lindante al misticismo
del ensueño que no fue para mí.

Todo estará lo mismo;
mas yo no estaré allí.

Lontananzas

Es un cuento
de argumento muy sencillo.
¿Te lo cuento?

Es un místico castillo
donde habita una princesa,
y es un paje,
cuya empresa
es llegar hasta el castillo
donde vive la princesa:
y eso es todo.

Pero el caso de mi cuento
es raro caso:
el castillo está encantado,
de tal modo,
que de aquel enamorado
cada paso
le defrauda una esperanza,
pues cada vez que avanza
se complica de malezas un cercado,
y el castillo se le vuelve lontananza.

¡Quién dijera
dulce niña

que eres gloria de mi gloria;
quién dijera que la historia
de ese cuento,
fuera el cuento de mi historia!

Una historia de esperanzas
embrujaadas de tal modo
que se vuelven lontananzas:
y eso es todo.

Agua de luna

Las tertulias de la tienda de la Hacienda:
tienda de misceláneas y vejeces
de un magro viejecito.

Cuántas veces
pretextando regatear un alcatraz
a ella me asomaba,
por bañarme en la diáfana cisterna
de su genuina paz.

Hacia afuera la plazuela;
el patio hacia el interior;
fragancias a pan maduro y a encurtidos;
gorjeos y silbidos en las jaulas,
y en el huerto las sombras y el frescor.

Almas sencillas y campesinas,
almas desnudas,
sin filosofías ni dudas.

Por las mañanas una ardentía;
los zumbidos de las moscas en la tienda;
en la banqueta la resolana;
y en la capilla de la Hacienda,
la campana

señalando la equidistancia del mediodía.
Crepúsculos pintores por las tardes;
ápices de arbolados verdinegros

asomados de la huerta en los tapiales;
noches de sombras plurales
con la mermada prebenda
de aquellas poligonales
luces de las puertas de la tienda;
y noches de revancha y de fortuna,
con una inundación de luz abierta,
en que era la visión de la desierta
plazuela, una laguna,
colmada por el agua de la luna.

Pecado

Présbita para el pasado,
miope para el porvenir,
me he quedado
como aquel que en la selva se ha extraviado
sin hallar rumbo fijo que seguir.
No hay un abracadabra
que violento y que abra
el mañana.
¡El mañana es una palabra!
Y el ejemplo de la mujer de Lot
me enseña por demás,
el bíblico peligro
de mirar atrás.
Ya es tiempo de bajar de mis palomares:
ya es tiempo de bajar de mis azoteas,
desde donde se alcanza
propicia lontananza;
Ya es tiempo que se vista de un morado
litúrgico,
mi esperanza.
La fantasía no es práctica.
Hay que bajar a la rúa;
hay que caminar derecho;
saludar a la gente

respetuosamente,
ocultando las palomas que llevamos en el pecho.
Y es indiferente
que asistas a la misa o a la prédica:
Nadie preguntará tu fe escolástica;
la gente se hará a un lado,
y harás tu vida práctica,
si llevas recatado
y oculto el Ideal, como un pecado.

El alma es una beata...

En la indolencia de las tardes quietas,
algunas de esas tardes femeninas
con alma de beguinas
rezando “Horas Completas”.
Tardes azules que al llegar la noche
se hacen moradas y en seguida grises:
tardes que al envejecerse
patinan el color de sus matices.
Impreciso y callado entre el amago
de sus medias tintas,
el patio se nivela.
Yo alcanzo a descubrirlo
desde mi azotehuela.
El patio por tan triste, parece estar enfermo;
el patio, por tan grande, parece una plazuela;
el patio a la distancia, supersticiona un yermo.
Acaso sea la hora de cautelosa cita;
de sombras y misterios el ámbito se llena;
y como en tradiciones de un libro cenobita,
cruce por aquel patio llorando un alma en pena.



Y al contacto sedoso de tardes sin deseos
en que en balsas de aceite se amodorrán los ruidos

andan por los rincones medrosos cuchicheos,
y el alma es una beata que cree en aparecidos.

La gotera

Llovió toda la noche.
La llovizna final aún parpadea
un húmedo rumor en la azotea;
archivo de hojas que moviera el viento.
La oscuridad del ámbito se duerme
desvelada dentro del aposento.
La lluvia ha hecho
que se filtre el agua
y se traspase el techo
estilando metódica en la estera
del piso de la pieza,
una gotera.
Esbozo musical que se devana.
... Ritmo alterno
de arteria o de campana:
Tic...
Tac...
Si motivos de música de cámara
la llovizna ejecuta,
la gotera en el suelo pertigüea
la ley de una batuta.
Hay algo que recóndito se afina;
la oscuridad es morfina
propia para soñar.

Ábrense de par en par
los sencillos postigos de la infancia.
Perspectiva interior de la distancia,
que tan cerca del alma se veía:
la vieja casa conventual y fría;
las grandes y recónditas alcobas;
los cuentos de los duendes que ahí andaban
cambiando de lugar a las escobas.
Y el bullicioso gozo;
y el asomarse al pozo
por distinguir la arruga
que en el agua dejaba la tortuga.
Recóndita virtud de aquellas cosas
que se amplían en el alma a la manera
del vidrio de una esfera.
Gotera
de renguera
desigual:
Tic...
Tac...
Clepsidra cuya gota horada el tiempo
con caída de ritmo vertical;
rumor que asemeja al de la péndola
que en la sala de ambiente colonial
rebanaba el silencio de las horas
con el filo de su disco de metal.

Íntegro

Tardes de beatitud
en que hasta el libro se olvida
porque el alma está diluida
en un vaso de quietud.

Tardes en que están dormidos
todos los ruidos.

Las tardes en que parece
que están como anestesiadas
todas las flores del huerto,
y en que la sombra parece más sombría,
y el caserón más desierto.

Tardes en que se diría
que aun el crepitar de un mueble
fuera una profanación
de absurda cacofonía
y herética intromisión.

Tardes en que está la puerta
de la casa bien cerrada
y la del alma está abierta ...

Tardes en que la veleta
quieta en la torre no gira
y en parálisis se entume,
y en que el silencio se aspira
íntegro como perfume.

Quimera

Enferma de blancura
muy triste va la luna.
Enero es medianero;
los vientos tienen tos.
La calle va en dos franjas
muy netas; blanca y bruma;
y en un reloj despiértense
las horas:
una... dos.

Hay luz en tus vidrieras;
presiento que vigilas
leyendo un episodio
romántico, y en los
fervores de mis sueños
yo sueño en tus pupilas:
tú ignoras que te quiero;
pero lo sabe Dios.

El eco va siguiendo
mis pasos en la acera;
la noche es una monja
clorótica; y en pos
yo voy de una quimera:

¡Si acaso Dios quisiera...!
pero bien sé que nunca
ha de quererlo Dios.

Mañana errabunda

Mas sin esas gallinas del suburbio
que en las encrucijadas de las calles
picotean y son dueñas por entero
del podrido e hirsuto basurero,
el pueblo no tendría
su fisonomía.

Quieren quitar de la esquina de la plaza
el añejo portal:

El portal tres veces secular
donde en un puesto de mercadería
muchas generaciones han vendido
herrajes viejos y quincallería.
Mas sin aquel portal,
según el entender de mi porfía,
el pueblo silencioso va a perder
su fisonomía.

La gran plaza,
el portal,
la soledad perpetua de las calles;
y hacia allá,
más,

aún más,
las tapias cenicientas del suburbio
y algún canto perdido de torcaz.
Y en el azul impávido del cielo,
como un negro tatuaje,
los tristes zopilotes de ala muerta
que son como la firma del paisaje.

Mis devociones por las cosas viejas:
las retorcidas rejas,
los cerrados balcones,
las certeras visiones que me agencio:

La ciudad toda entera,
como una compotera
colmada de conserva de silencio.
Los rotos y vetustos caserones,
consejas, misticismos, tradiciones:
una vejez abuela y polvorienta
que pasa santiguándose en su inopia...

Sin el convento que en el río se copia,
sin el halcón que silencioso acecha
posado en la alta cruz de la Parroquia.
Sin todas estas cosas,
sin toda esa quietud injerta en rosas:
sin toda esa poesía,
faltará al pueblo su fisonomía.

Antiguallas

Casas de mi lugar que tienden a desaparecer;
raras casas que aun suelo yo encontrar.

Es de ver
la multitud de los patios empedrados;
el brocal con arcadas de ladrillo,
los arriates adosados a los muros
(altos muros patinados y sin brillo)
y la parra que se afianza entre sus grietas,
y macetas, y macetas, y macetas...

Los equipales criollos
debajo del corredor;
cocina que es comedor;
los enormes cajones dispenseros;
mesas de pino
tan blancas como el lino
que duerme en los roperos;
(lino fino de enantes;
lino de las estopillas y de los bramantes...)

Y las amplias escaleras y los breves ventanales;
y las vidrieras
de vidrios poligonales;

y los viejos cornizones de los labrados balcones
por las lluvias carcomidos,
donde por turno hacen nidos
golondrinas y gorriones...

Inicial

Fue mi libro de texto un amor escolar;
fue una muchacha triste, la que llegó a quererme
tan hondamente que dejó al pasar por sobre de mi vida,
todo su atardecer.

Aún de la colegiala traía la manteleta
azul de las internas, allá cuando en la escueta
sala de dibujo, en la gran sala,
fue nuestra primera, recóndita estafeta,
una violeta.

Esbeltez de gacela,
sabidurías de abuela,
arranques de Graciela,
y los dulces resabios de la escuela.

Sus manos, lenidades de paloma,
sus manos escolares que me empañé en besar;
sus manos que exhalaban el aroma
de un lápiz acabado de tajar.

¡Qué funestos augurios los de aquellas ternezas!
¡Qué tristezas tan hondas las de aquellas tristezas!
¡Qué la vida tan irreconstruible y fatal!

No volvió a vacaciones...
Hoy un huerto la esconde...
Fue una página en blanco; fue una página en donde
comenzada aún, se mira una roja inicial.

Los cuartos de hora

Dos gotas de cristal que rebotaran,
y al rebotar sonaran
con timbre desigual: tén... tán... tén... tán.
Así suenan los cuartos de las horas
del reloj parroquial.

La noche es una lámina astronómica
de mármol, donde van
rebotando los cuartos de las horas:
tén... tán...
tén... tán...

Pienso en la ausencia de la vieja casa;
el amplio comedor dado de cal;
la cantera porosa en que se filtran
alternas gotas que también dirán
al caer sobre el agua de la cántara:
tén... tán...
tén... tán...

Los sueños andan por la cabecera;
la alcoba memora la vieja y casera
canción primordial:
Señora Santa Ana, ¿por qué llora el niño?...
que es como un perfume en la oscuridad.

Voces de la noche que son el cuadrante
que el tiempo avalora:

Con seguridad;
una hora antes del amanecer,
el grillo se calla;
y en integridad,
el reloj caduco y comanditario
antes del signo XII
cuatro cuartos da
que de a dos en fondo,
prolongan la hora:

Tín, tán.

Tín, tán.

Tín, tán.

Tín, tán.

Panoramas

Panoramas de la mañana
que alcanzo desde mi ventana.

Sillares y molduras de la iglesia
que se detallan por lo tan cercana.

Mañana ventosa
que en el arbolado de la plazuela
combina en los ramajes
muecas y caras,
risas y cabeceos,
cual si fueran los de un corro
de vecinos en chismorreos.

Unas golondrinas violentas platican
sobre una cornisa
y bajo el alero
se engríe un panal,
que tiene la traza,
como de campana
de papel de estraza...

Y aturde en la torre una otra campana;
(pero de verdad:

una vieja esquila
que tiene voz de chiquilla
y un siglo de edad.)

Repica y se aloca,
voltigea y toca,
de prisa, de prisa,
pero tan de prisa,
que la vieja loca
se ahoga de risa...

No sé qué prefiero:
si el panal callado bajo del alero,
si el cinematógrafo del arbolado,
o si de la esquila la prisa y la risa
dentro del campanario de torreón longevo,
y que así me aclara la impresión precisa
de loca gallina que se escandaliza
porque puso un huevo...

Perfumes de Haba Tonka

La tabaquera de mi tío Jacinto:
de aquel mi tío abuelo
a quien yo conocí de rapazuelo...

Tabaquera que encontrarme suelo
junto al estuche de peluche y broche
que enmarca una belleza de mujer,
en el azogue viejo
de un primitivo Daguer
grabado sobre un espejo.

Tabaquera de negra goma que incrustan flores de nácar
y que trasciende a haba tonka.
¡Qué bueno era aquel tío
del alma suave y de la voz tan ronca!

Hoy es su tabaquera la taquilla
donde compro boletos de pasaje
para un viaje:
viaje de ensoñación,
donde por equipaje, único
llevo mi corazón...

Sitios que nunca he de ver;
dirigibles palomas mensajeras;

esperas imposibles;
retrógrada vereda que monta al avenir...
... A veces un idilio romántico
un idilio “gofir”;
a veces, una niñada tonta:
algún pito de barro de los de antaño,
o bien, una cajita de soldados de estaño.

Pero a veces se aquilata legítima realeza,
pues llegan ilusiones
contagiadas de tristeza...

Perfumes de haba tonka,
esquife, trasatlántico, expreso o aeroplano;
soy a veces Gulliver en Lilipucia,
a veces soy enano...

Y habrá quien no lo crea:
Mas si mi rima es loca y bambolea
y no cabe en su módico recinto,
es porque me marea
con su aroma a rapé y a panacea,
la tabaquera de mi tío Jacinto.

Procesional

Aquella Hermana de la Caridad:
aquella Sor Asunción,
que bajo la toca
lleva una boca
de forma de corazón.

Corazón que es dilución
de una escala cromática:
(el color del labio superior es sonrosado,
y rojo ultrasanguíneo el inferior).

Aquella monja que se parece
a una artista de cine, de película italiana,
que yo vi bajo la luna,
en el auge lumínico de una
convaleciente noche de abril.

Monjita que a la artista te asemejas
en la dulce mansedumbre de tus ojos
y en el rictus doliente de tus cejas.

Tarde de procesión en los claustros del Hospital

Palio que es un toldo al SACRAMENTO
formado por bordados de un gran chal.

Temor de los gorriones del jardín
que vuelan desde el boj de los parterres
hasta un alto pretil,
si miran la invasión
de la procesión.

Enfermos que se asoman hasta el marco
de una vidriera cercana;
tintineos de una campana;
todo un frívolo ocaso que se esponja,
y acaso, mi indevoción,
si miro que aparece aquella monja
de boca de corazón...

Romanticismos

Viejas cajitas de música,
viejas cajitas de laca,
cuya tapa en rectángulo decora
la quietud de una pérgola,
o la prez
de los cármenes de Aranjuez:
Cajas de música de las que ya no vienen ahora.

Todo un mecanismo demodado:
un peine de acero,
un cilindro que gira,
y sobre
la mecánica del cilindro,
minúsculas púas de cobre.

Cajas de música acuosa
que cuantas veces las oigo tocar,
me dan una cosa
que en mí se pone a llorar.

Gotas de agua que caen sobre agua;
timbres de són gutural;
notas precipitadas en cascadas,
o lentas y prolongadas
como por un pedal.

Canciones de un oleaje de laguna
bajo el fulgor de la luna;
arca donde el Ideal se embarca;
cántico que me torna romántico;
música, que cuando toca,
el corazón me toca y me lo aloca.

Vieja sala, luz escasa,
silencios en la calle,
silencios en la casa;
espíritu alelado
que se embarga con voces del pasado...

...Una ruta tal vez que se bifurca,
o el último cequí de mi caudal;
y un viejo mecanismo y un peine de metal,
que repasan llorando una mazurca
o una pastoral...

El pozo

Ahora hay una bomba de mano en su lugar.
Y yo he sufrido de tristeza, al ver
recluidas en el fondo del corral,
las canteras unánimes de aquel
auténtico brocal
del solariego pozo primordial.

¡Como lo sombreaba aquel oriza
que por mayo (a la brisa)
o en marzo (a las ventiscas cuaresmales)
“yo esparzo mis rosales —les decía—
yo mis flores esparzo a manos llenas,
y quedan diez decenas todavía”!

También han profanado aquel carrillo:
el carrillo enmohecido
que anunciaba en su chirrido que pasa,
cierto aire de caramillo,
cierto graznar de cornejas,
se hermanaban en las quejas
de aquel carrillo.

¿Qué sería del depósito de agua,
aquel depósito de mampostería,

que se diría
la bruñida tina de un baño monjil?

Depósito junto al pozo
que cuando estaba lleno, formaba mi alborozo,
pues le fingía a mi miopía infantil,
lo proceloso
de un mar.

Altar de los recuerdos, siestas de fragua,
altura de tapiales
que daban al gran patio
frescuras conventuales,
y sueños al depósito del agua.

Calosfriándolo en su beso la cáscara de un bajel,
¡que veces me hizo soñar
mi ignorante locura tan remota,
que era yo contralmirante,
delante de aquella flota
de náuticas de papel!



**Francisco
González León
Poesía selecta**

se terminó de editar en abril de 2018
en las oficinas de la Editorial
Universitaria, José Bonifacio Andrada
2679, Lomas de Guevara, 44657
Guadalajara, Jalisco

Jorge Orendáin
Cuidado editorial

Paola E. Vázquez Murillo
Diseño y diagramación